

de defensa; levántense de pronto las trincheras que se quisieren, no puede durar el sitio cuando los sitiados se hallan tan descubiertos. Las devociones, la modestia, la circunspeccion, la observancia de las reglas mas menudas, son como aquellas obras avanzadas que detienen al enemigo desviado de la plaza. El que jamás se dispensa en la oracion de la mañana, en la leccion espiritual, en la frecuencia de sacramentos, en ciertas obligaciones de su estado, en ciertas reglas que parecen de poca importancia, no es capaz de faltar á las obligaciones esenciales; pero cuando se abandonan estos puestos avanzados, cuando no están bien defendidas estas entradas, presto nos coge el enemigo por sorpresa. Desengañémonos, que no está lejos de romper con un amigo ó con un amo el que repara poco en disgustarle á menudo. Examínate escrupulosamente acerca de este artículo; mira si te dispensas ligeramente en el cumplimiento de ciertas obligaciones que parecen de poca monta; si has dejado ciertas devociones que á los principios de tu conversion practicabas con tanto provecho tuyo; nota y enmienda lo que te hubieres relajado en este punto.

2 Haz un firme propósito, é imponte una como ley de no dejar en toda tu vida ciertas devociones, ciertos ejercicios de religion muy saludables y muy útiles, cuyo valor ignoran muchos. Por ejemplo, persíguate, ó haz siempre la señal de la cruz como cristiano; esto es, con decencia, con devocion y con respeto, formándola perfectamente, y sin garabatos; con reposo, con religion y con sosiego, como nos lo enseñaron los apóstoles, llevando la mano derecha á la frente, desde la frente al pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, y diciendo con devota pausa: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti*; haz esto á menudo, porque es, como se ha dicho, una profesion de fe en compendio, y el dia de hoy parece que muchos no tienen valor, ó que tienen vergüenza de hacerla. ¿Quién dirá que hacen la señal de la cruz muchas personas, al observar como la hacen? Mas parece burla, irreligion y desprecio. Segundo: Nunca dejes de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Hay algunos que tienen por devocion popular una costumbre tan cristiana, tan santa y tan antigua, y pensarian que se hacian vulgares si tomasen agua bendita y la llevasen á la frente; así se va debilitando poco á poco la fe de los cristianos por unas negligencias sumamente perjudiciales á la piedad. Tercero: Tambien es una devocion de gran provecho, y de no menor ejemplo, tener siempre agua bendita en el cuarto, tomarla al entrar y al salir de él, y rociar con ella la cama al tiempo de acostarse.

Cuarto: Nunca omitas la bendicion y las gracias antes y despues de la comida. En todos tiempos fueron muy exactos y religiosos los cristianos en esta santa costumbre. Pero ah, y cuantos el dia de hoy se sientan y se levantan de la mesa como pudieran hacerlo unos gentiles! A vista de esto, poco nos agraviaria el que nos preguntase si entre los cristianos de nuestros tiempos se encuentran muchos verdaderos fieles.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM, en Roma, el cual preso por orden de Domiciano, y llevado desde Efeso á Roma, por sentencia del Senado delante de la puerta latina lo metieron en una tina de aceite hirviendo, de la cual salió mas limpio y robusto que habia entrado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN EVODIO, en Antioquia, el primer obispo que ordenó S. Pedro, apóstol, en aquella ciudad, segun escribe S. Ignacio á los Antioquenos; acabó su vida con un glorioso martirio.

SAN LUCIO, obispo, en Cirene, de quien hace mencion S. Lucas en los Hechos de los Apóstoles.

LOS SANTOS MÁRTIRES ELIODORO, VENUSTO Y OTROS SETENTA Y CINCO, en el Africa.

SAN TEODORO, obispo de Cirinia en Chipre, el cual habiendo padecido muchos tormentos en tiempo del emperador Licinio, despues, estando ya en paz la Iglesia, murió en el Señor.

EL GLORIOSO TRIUNFO DE SAN JUAN DAMASCENO, en Damasco, célebre en santidad y doctrina; el cual en defensa del culto de las sagradas imágenes, combatió valerosamente de palabra y por escrito contra el emperador Leon Isaurico; y habiéndole cortado por mandato de éste la mano derecha, el Santo encomendándose á Dios delante de una imagen de la santa Virgen Maria á quien habia defendido, al punto la recobró entera y sana. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PROTÓGENES, obispo, en Cares de Mesopotamia.

SAN EADBERTO, obispo de Lindisfarne en Inglaterra, insigne en piedad y doctrina.

SANTA BENITA, virgen, en Roma.

LA TRASLACION DE SAN MATEO, apóstol, en Salerno, cuyo sagrado cuerpo, que habia sido antes trasladado de Etiopia á varias provincias, por último fué trasladado á aquella ciudad (en 1080, por disposicion del papa Gregorio VII) y colocado con mucha pompa en una iglesia dedicada á su nombre.

LA FIESTA DE SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM.

QUERIENDO nuestra madre la Iglesia honrar la memoria de lo que el evangelista S. Juan padeció por Jesucristo, instituyó en este día la fiesta de su martirio.

Cuando el Salvador del mundo caminaba á Jerusalem para consumir en aquella ciudad su sacrificio, iba conversando con sus apóstoles acerca de lo que en ella habia de padecer, pronosticándoles todas las ignominias de su pasión, hasta las mas menudas circunstancias. Ya veis, les decia, que subimos á Jerusalem; allí será el Hijo del hombre traídoramente entregado á los ancianos del pueblo, á los doctores, á los magistrados; y los príncipes de los sacerdotes lo entregarán al brazo seglar de los gentiles, en cuyo poder será espuesto á la risa y á la burla del insolente populacho; será escupido, será cruelmente azotado, y en fin, será condenado á morir en una cruz; pero despues de su muerte resucitará lleno de gloria. Todo este discurso para los apóstoles era un enigma; no entendian palabra de lo que les queria decir, y no acertaban á concebir como podian componerse tantas ignominias con tanta dignidad y con tanta grandeza en la persona de su Maestro.

Consistia la causa de su ignorancia en aquella dificultad que de ordinario tiene la naturaleza en concebir las cosas que mira con aversion. Como aun no habian aprendido los discipulos de Cristo la celestial doctrina que nos enseña á amar los trabajos, y á abrazarnos con la cruz; ni le oian de buena gana hablar en esta materia, ni mucho menos comprendian lo que el Salvador les decia. Gustaban todavía de las honras, y solo pensaba cada uno en el modo de como habia de sobreponerse á los otros. Con este espíritu los hijos del Zebedeo, Santiago y S. Juan, se valieron de su madre, para que como parienta de la santísima Virgen, y como tia del mismo Cristo, le pidiese para ellos algun puesto distinguido en su reino. Bien instruida la buena madre de sus dos hijos, y llevándolos consigo, se presentó ante el Señor; adoróle con respeto, y dice el Evangelio que le pidió licencia para hacerle una súplica. Obtenida benignamente, como lo acostubraba el Salvador, añadió: Pues, Señor, y maestro mio, con toda confianza, y con toda ingenuidad os suplico que mireis con particular cariño á estos dos hijos míos, y que prefiriéndolos á todos los demás discipulos, les concedais las dos primeras sillas en vuestra gloria.

No le pareció conveniente á Jesucristo responder en dere-



S. JUAN
ANTE - PORTAM LATINAM.

chura á la madre, puesto que eran los hijos los que hablaban por su boca; y así dirigiéndose inmediatamente á los dos hermanos, sin reprimirles por entonces la ambicion, se contentó con hacerles visible su ignorancia y groseria. No sabeis, les dijo, lo que pedis; y se conoce bien que hasta ahora no habeis comprendido qué cosa es ser grande en mi reino, cuales son las primeras sillas de él, qué méritos, y por qué grados se ha de ascender á ellas; no habiendo otros que la humillacion, las adversidades y los trabajos. Decidme, ¿tendréis valor para beber el amargo cáliz que yo he de beber primero, y para ser bautizados en vuestra sangre, como yo lo he de ser en la mia? En medio de ser todavía los dos apóstoles tan imperfectos, y tan groseros como se reconocia por su misma peticion, el amor que profesaban á su divino Maestro les dió aliento para responder con toda resolución, que estaban prontos á padecer todo cuanto se ofreciese, á su ejemplo, y por su servicio; que no tenia mas que hacer la esperiencia, y veria hasta donde llegaban sus deseos de sacrificarse por su amor.

Agradó tanto al Salvador esta animosa respuesta, que desde luego les prometió la corona que está preparada para todos los que tienen parte en su cruz y en sus trabajos. Si, les dijo, vosotros beberéis mi cáliz, y seréis bautizados con el mismo bautismo con que yo lo he de ser. Pero en orden á esas primeras sillas á que aspirais, una á este, y otra á aquel lado de mi trono, debo deciros, que si me mirais puramente como hombre, ni me corresponde dáros las, ni aunque hubiera yo de conferir las, tendria atencion al favor, al parentesco, al empeño, ni á algun otro humano respeto; esos premios están reservados á aquellos á quienes mi Padre los destina, y á mí solo me toca ponerlos en la posesion de los que éste les señala, segun su virtud y merecimientos.

No será violento decir que S. Juan, aquel discípulo tan favorecido, tan tiernamente amado del Señor, y que tan fervorosamente le amaba, tardó poco en verificar lo que le habia anunciado su divino Maestro, de que beberia su cáliz; porque verdaderamente gustó toda la amargura de él, habiendo padecido su amante corazon todos los dolores del Salvador, de cuyo lado no se apartó ni un solo momento hasta la muerte.

Pero aun debia cumplirse mas á la letra la profecia del Señor en orden á S. Juan. No bastaba que el discípulo amado padeciese interiormente el martirio del corazon, siendo testigo de los tormentos y de la afrentosa muerte de su celestial Maestro; era menester que tuviese parte en ella mas visiblemente; y hablando

en propiedad, hasta despues de la venida del Espiritu Santo no le hizo el Salvador participante de su cáliz. Inmediatamente, ó no mucho tiempo despues, padeció S. Juan en compañía de san Pedro cárceles, azotes y oprobios en la persecucion que levantaron los judíos contra los apóstoles despues de la muerte de S. Estéban. Pero aun esto no fué mas que como un preludio de lo que habia de padecer, andando el tiempo, bajo el poder y tiranía de los principes gentiles.

Habiendo sucedido Domiciano en el imperio á su hermano Tito el año 81 del nacimiento de Cristo, fué el segundo emperador que empleó todo su poder en procurar destruir el reino del mismo Cristo, y en borrar del mundo, si pudiese, hasta la memoria del nombre cristiano; y como no era inferior en la crueldad del genio á la del mismo Neron, aun fué mas sangrienta que la primera esta segunda persecucion que escitó contra la Iglesia. Hallábase á la sazón nuestro S. Juan en Efeso, donde habia fijado su residencia, por la comodidad de atender mas fácilmente al gobierno y á las necesidades de las iglesias de Asia, que habia fundado el mismo Apóstol. Ya habia padecido muchos malos tratamientos de los gentiles; y aunque era grande la veneracion que generalmente profesaban todos á su persona, no por eso le eximió de la persecucion. Fué desterrado de Efeso, y poco tiempo despues conducido á Roma, donde cargado de prisiones y encerrado en un horrible calabozo, rebosaba de alegría viéndose en visperas de dar su sangre y su vida por su amado y dulcísimo Maestro.

Informado el emperador de las circunstancias y carácter de este cristiano héroe, quiso verle; y S. Juan se presentó ante el trono del tirano con aquella majestuosa modestia, y con aquel aire de agrado, de santidad y de dulzura, que se habia siempre admirado en nuestro Apóstol. Contribuia tambien su avanzada edad á hacerle mas respetable; y el emperador quedó como sorprendido á la vista de aquel venerable anciano. Preguntóle acerca de su religion; y las respuestas que le dió, aun le hicieron admirar mas la intrepidez y la magnanimidad de aquella grande alma. Con todo eso, le dijo Domiciano, es necesario que renunciés una religion, cuya doctrina es enemiga de los placeres y deleites de los sentidos, cuyos dogmas son incomprensibles por misteriosos, y que te pases á la nuestra, donde acabarás en paz tus dilatados dias. Horrorizado el Apóstol al oír semejante proposicion, lleno de una santa indignacion, y animado de aquel generoso zelo que avivaba y encendia cada dia mas y mas el tierno amor que profesaba á Jesucristo: No creas, ó

emperador, le respondió, que tus promesas ni tus amenazas me hagan titubear: no hay mas que un solo Dios, y ese es aquel á quien yo sirvo y adoro; mi mayor dicha será derramar toda mi sangre por él, y ha mucho tiempo que suspiro por este glorioso sacrificio.

Quedó el emperador por un rato como cortado y suspenso al ver la entereza y la noble osadía de aquel venerable anciano; pero duró poco este paréntesis, ó suspension de su crueldad, porque volviendo luego en sí, mandó que al instante fuese arrojado el Santo en una tinaja de aceite hirviendo, para que perdiese la vida en este tormento.

Escogiése para teatro una gran plaza cerca de la puerta Latina, llamada así, porque se salia por ella á los pueblos de Lacio, ó *pais latino*, que hoy se dice la Campaña de Roma. En medio de ella se colocó una gran caldera, ó tinajon lleno de aceite, que se asentó sobre una inflamada hoguera. Concurrió el senado y la mayor parte de la ciudad á la fama de este espectáculo, movidos todos aun mas de las grandes noticias que tenian de la veneracion, ancianidad y grandeza de corazón de nuestro Santo. Fué ante todas cosas despojado y cruelmente azotado el Apóstol, segun las leyes de los romanos, que ordenaban este suplicio á todos los condenados á muerte. Cuando el santo cuerpo estuvo todo rasgado y todo ensangrentado al rigor de aquella espesa lluvia de golpes, le metieron en el tinajon, ó caldera de aceite hirviendo; pero el Señor, que solo queria darle la gloria del martirio, como se lo habia prevenido, pero no queria permitir que los hombres cortasen una vida tan preciosa, y de que todavia tenia necesidad su santa Iglesia, renovó en favor de su amado discípulo el milagro de los tres niños en el horno de Babilonia; porque el aceite hirviendo se convirtió en un baño dulce y benéfico que le refrigeró, cerró y cauterizó sus heridas, y las llamas se volvieron contra los ministros que las atizaban, fomentándolas con sucesivos materiales. Este milagro tan evidente y tan sensible no podia dejar de producir su efecto. Quedaron atónitos todos los circunstantes; y no lo quedó menos el emperador cuando le refirieron el prodigio, contentándose con enviar desterrado á nuestro victorioso Apóstol á la isla de Pathmos en el mar Egeo, llamada hoy Potina, ó Palmosa, donde estuvo hasta la muerte de Domiciano; y en ella fué donde Dios le reveló los admirables y escondidos misterios del Apocalipsi. Así se cumplió la profecía de Cristo, de que beberia el cáliz de su pasion; y por eso los antiguos, con toda la Iglesia, le dan el título de mártir, pudiendo decirse de él con S. Agustin: «No

faltó Juan al martirio, sino el martirio le faltó á Juan. No padeció hasta morir; pero Dios, que tenia bien comprendido el temple de su corazon, conoció que era capaz de mucho mas, y toda la tierra lo conoció tambien. Los tres mancebos fueron arrojados en el horno para que fuesen reducidos á ceniza, y salieron del horno vivos; ¿diráse por eso que no fueron mártires? Si consideramos las llamas, no fueron consumidos; pero si consideramos sus corazones y sus voluntades, fueron coronados.»

Sucedió este milagro por los años de 91 del Señor; y queriendo los cristianos honrar la memoria del martirio y triunfo de S. Juan, edificaron desde los primeros siglos una bella iglesia con su misma advocacion en el propio sitio donde fué echado en el aceite hirviendo, la que es visitada con gran concurso de los fieles el dia 6 de mayo; en el cual, como se ha dicho, celebra la Iglesia la memoria de su martirio. Por mucho tiempo fué de precepto esta fiesta en varias iglesias de Francia, y tambien lo fué en Inglaterra desde el siglo XII hasta el cisma, despues del cual se contentaron los ingleses con hacer memoria de ella en el calendario de su nueva liturgia, tristes reliquias de su antiguo catolicismo, hoy enteramente estinguido, que debieran abrirles los ojos para advertir sus errores, y para desengañarse de su funesto y lastimoso descamino.

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR.

SAN Juan Damasceno, ilustre por su doctrina, pero mucho mas por su virtud, uno de los mas ilustres defensores de la fe, ornamento y columna de la Iglesia griega, nació en Damasco, de cuya ciudad tomó el sobrenombre, ciudad capital de Siria, por los años 676, cuando estaba ya bajo la dominacion de los sarracenos. Sus nobles progenitores, firmes siempre en la fe de Jesucristo, se habian señalado constantemente mas por el zelo de la religion, que por su esclarecida sangre, y por los grandes empleos con que los príncipes sarracenos los habian honrado. Sergio Mansur, padre de nuestro Santo, se aventajó mucho á sus gloriosos antepasados en poder, en crédito y en virtud. Elevóle su mérito á los primeros cargos; y siendo hombre poderoso, empleaba sus riquezas en rescatar cautivos cristianos, y en sustentar á los solitarios que poblaban los desiertos de la Palestina. No tuvo otro hijo que á nuestro Santo, y así dedicó todo su cuidado á darle una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento.

Logróla sin dificultad; porque el escelente ingenio y la des-

pejada capacidad del niño Juan le ahoraban muchos preceptos. En medio de eso no hubiera hecho grandes progresos en las letras, viviendo en un país desproveido de maestros, y en que dominaba la ignorancia tanto como el mahometismo, si la divina Providencia no le hubiera deparado uno capacísimo de instruirle. Pasando un dia su padre por la plaza, se encontró con una tropa de cautivos, entre los cuales le llevó toda la atencion uno vestido de monge por su circunspeccion y por su singular modestia. Notó, y aun se admiró, no sin piadosa estrañeza, de verle bañado en lágrimas; porque como hombre tan virtuoso, le parecia que ningun cristiano, y mucho menos un monge, debia afligirse por accidente alguno de esta vida. Acercóse al cautivo, consolóle muy cristianamente, y le preguntó cual era su profesion. Yo soy, le respondió este, un sacerdote italiano; mi nombre es Cosme; y ni mis lágrimas, ni mi dolor, tienen por motivo la miseria de la cautividad en que me veo, ni el temor de la muerte que considero cercana. Aflíjome, porque habiendo pasado toda la vida en el penoso estudio de las ciencias, solo por tener algun dia el consuelo de sacar algun discípulo que fuese útil á la santa Iglesia, sin haberme propuesto otro fin, ni pensado en otra recompensa por premio de mis trabajos, los veo ahora malogrados, considerándome destinado á morir en un estéril cautiverio. Sorprendido Mansur de tan estraña aventura, se persuadió desde luego ser alta disposicion de la divina Providencia, que por medio tan irregular le regalaba en aquel cautivo con el maestro mas á propósito para la enseñanza de su hijo. Rescatóle, dióle libertad, y le hizo preceptor del niño Juan, y de otro niño, llamado Como, aquel famoso poeta lirico, á quien es deudora la Iglesia griega de la mejor parte de los himnos sagrados de que usa en los oficios divinos, y el cual habia adoptado por hijo el mismo Mansur. Bajo la disciplina de tan insigne maestro hicieron los dos discípulos tan asombrosos progresos en todas las ciencias, que reconociendo y confesando de buena fe el religioso italiano, que los habia enseñado todo cuanto sabia, pidió licencia para retirarse, y obtenida, se recogió en la Laura de S. Sabas, fundada en la misma Palestina, donde vivió santamente el resto de sus dias.

El califa Heschan, príncipe de los sarracenos, penetró luego los talentos de nuestro Santo, y apenas murió su padre, cuando le nombró por presidente de su consejo, y por su tesorero general. Resistióse Juan por su modestia á tan elevados empleos, pero solo sirvió su resistencia para confirmar y aumentar el concepto superior que tenia formado el príncipe de su consumada pruden-